

DÍAS DE PAN Y CINE

Por Jesús Pulido Ruiz

Al bajar desde la torre de San Miguel por la calle del Señor Cura detiene su mirada en la fachada del actual Museo de Motos, local que fuera algunos años atrás supermercado pero que muchos recuerdan como sede del cine María Cristina, más conocido como el *cine de "Luquillas"*. Cierra por un instante los ojos y puede vislumbrar las muchas escenas de aquellos tiempos que se desarrollaban tanto a su alrededor como en el interior de aquel inmueble. La mirada se le torna melancólica al traer a la mente aquellos años en que el cine suponía no sólo un modo de diversión, sino también, y quizá más bien, un acto social. Un acto común donde no había distingos de clases ni de niveles culturales. Su memoria le arranca una amplia sonrisa al mostrarle un ramillete de

anécdotas locales, enmarcadas en todo lo que significaba ir al cine en aquellos tiempos difíciles, llenos de penuria, y que era algo así, podemos decir, como una luz divisada en unos horizontes lejanos (aprovechando el título del famoso western, como ahora se dice, o película del Oeste o de vaqueros, como siempre nos ha gustado decir, de Anthony Mann, interpretado, entre otros, por James Stewart y Rock Hudson). Unos horizontes dentro de unas realidades muy diferentes a las que hoy nos envuelven. El cine era un punto de encuentro y convivencia y un rato de entretenimiento y ocio que ponía a la misma altura a todos en su sentir, viviendo, de forma colectiva, los momentos de júbilo y los de angustia, así como el grado de esperanza que aquellas escenas eran capaces de transmitir. Unas anécdotas o historias – piensa - que forman parte de su propia historia y de la de los demás, una historia relativamente reciente, pero tan lejana al mismo tiempo.

Fija su vista y, haciendo un esfuerzo mnemotécnico, quiere recuperar tal cual era la fachada y disposición de las salas en aquel entonces. El edificio, contiguo a la vivienda del tío Morira el albañil, tenía una alta puerta de dos hojas de color verde (al menos así lo evoca), que daba a un pasillo donde estaba la larga barra del bar de invierno, y que seguía adelante hasta encontrarse unas escaleritas que llevaban a la cabina de proyección del cine de verano y otras escaleras de

cemento de varios escalones que bajaban al patio o sala de verano. A continuación, siguiendo con la fachada y en dirección a la Torre, se hallaba la entrada principal a la sala de invierno, que formaban una puerta un tanto desvencijada, asimismo de dos hojas y con cristales en su parte superior, a la que antecedían unas rejas plegables, y que nos adentraban en el vestíbulo, que era a la vez, en aquella época, zona de fumadores en el descanso de la sesión; más arriba se encontraba el ventanuco de la taquilla y otra puerta más pequeña que daba acceso a unas escaleras más amplias con pasamanos metálico, que conducían al gallinero, la cabina de proyección de invierno y las habitaciones privadas del dueño.



Fachada del Antiguo Cine "El Tunel"

Recuerda cómo la sala de invierno del cine María Cristina, única gran sala de espectáculos existente en la localidad, le impresionaba de niño con aquellos enormes cortinajes rojos al entrar en la sala, que eran del mismo material que el telón que cubrían la pantalla, la alta techumbre, que en su ignorancia infantil, le parecía el de una iglesia, los grandes paneles de algodón de fibra de vidrio, cubiertos por arpilleras, también de color rojo, para insonorizar el recinto y esa segunda planta colgante que constituía el "gallinero". Recuerda también cómo de pequeño, entre la penumbra previa a la proyección, se sobrecojía mirando fijamente hacia la pantalla en su creencia de que tras aquel telón debían esconderse, sumidos en un letargo temporal, los abominables personajes que en tantas ocasiones

habían logrado aterrorizarle en las películas. Podía imaginar, acechantes, al hombre lobo con el rostro de Paul Naschy, la terrorífica figura de Christopher Lee encarnando al conde Drácula o cualquiera de las diversas bestias salidas de bosques impenetrables o las profundidades marinas...

En su imaginario recorrido, vuelve de nuevo su mirada hacia la verja corrediza mientras a sus labios acude, apenas un esbozo, una pequeña sonrisa, una pícaro sonrisa de pura felicidad, al recordar cómo por entre sus barrotes él y los otros chavales del grupo deslizaban sus delgados cuerpecillos, especialmente los lunes, con la intención de buscar entre las butacas,